



REFLEXIÓN FRANCISCANA

Francisco, (y Clara), como tantos otros, pero ellos de una manera particular, llevan tatuada a su piel su ciudad, son “de Asís”. Era aquél, el de las ciudades, un mundo que surgía nuevo, más abierto, y que mejoraba el anterior. De una manera y otra siempre se mantuvieron vinculados a su hermosa ciudad. A la vez, permanecieron cerca para ofrecerle grietas, puertas, puentes, caminos..., por los que romper sus murallas y liberarla de los esquemas, de piedra, de violencia, de exclusión, que mantenían a Asís, a aquella mentalidad, encerrada y olvidadiza de muchos. Siempre fueron de Asís. Y, cabría decir, que el ser hermanos desde el Evangelio les hizo, precisamente, más ciudadanos, vivir más hermanados.

De entrada, algo hace pensar esta básica pertenencia a un pueblo, a una ciudad. Vivo en Madrid, una gran ciudad moderna que nada tiene que ver con mi pequeño pueblo riojano de procedencia. Pero que semejante ciudad “funcione” es algo extraordinario y que en algo originario nos conecta y, ¿por qué no?, hermana. Llega el agua a cada grifo, el metro nos mueve puntualmente, se circula con orden, cada día a la misma hora pasa el camión de la basura, la sanidad que atiende a tantísimos, el colegio que educa a los pequeños... Todo es gracias a muchos, gracias a todos. Somos ciudadanos, somos hermanados, casi sin caer en la cuenta.

Y a la vez, creo, así lo fue en Francisco, el descubrirse hermanados, es como una revelación, un redescubrimiento, un Don sagrado que el Evangelio nos hace. Renacer a algo que ya estaba pero que necesita ser puesto en primera línea, ser restaurado y levantado pacientemente, ser siempre estirado hasta el infinito a través de las variadas situaciones que, de una manera y otra, parecen socavar los horizontes de la fraternidad.

Por eso, vivir hermanados sugiere, más que un sentimiento, una acción, en gerundio: hermanándonos. ¡Necesitamos tanto los franciscanos desapegarnos del romanticismo de la fraternidad y entrar más en la actividad que la encarna y hace más verdad! Y así, que las lógicas diferencias puedan caminar desde una cultura del diálogo y el encuentro; que los inevitables conflictos puedan ser resueltos prohibiéndonos llegar a la guerra y a la pena de muerte, desde la artesanía de la paz; que en las tradicionales fronteras las piedras de las murallas sirvan para construir puentes; que la propiedad no cree variados dominios y dominadores sino sentido de la igualdad... E intuir que ninguna experiencia de ruptura puede, debe, minar las bases de nuestra hermandad constitutiva.

De esa manera, ser y vivir hermanados se convierte en una manera de ser y actuar, una cultura; y tiene algo de resistencia. Frente a muchas amenazas y posibles desviaciones, resistir. Francisco se cuajó como más hermano, resistiendo: ante sí mismo y ante los otros modelos sociales y eclesiales vigentes. Podríamos decir que para él, saberse así, construirse como hermano, fue una decisión, a la vez, mística y política. Por un lado llena de intimidad, de aprendizaje y sabiduría que se va haciendo, de camino paciente y llagado, de disponibilidad para llegar hasta el final... Y por otro lado, llena de sentido ciudadano, de una mirada que percibe y enseguida ve al excluido y al que arrastra más desventaja, de familiaridad y cuidados mutuos, de ir lejos donde nadie iba y menos pacíficamente... Todo para construir el horizonte del nosotros, hermanados.

Y en ese horizonte la piedra de toque, como siempre, será la suerte de los desfavorecidos. Decía uno que la pregunta más teológica puede sonar así: *“¿Dónde dormirán hoy los pobres?”*. Decía Francisco: *“Y deben gozarse cuando conviven con gente baja y despreciada, con los pobres y débiles, con los enfermos y leprosos, y con los mendigos que están a la vera del camino”* (1R 9,3). Decía un gran teólogo: *“Con los ojos del Cristo Crucificado se ve la sociedad, por así decirlo, ‘desde abajo’. Una sociedad es buena en la medida en que sea bueno el destino de sus miembros más débiles”* (J. Moltmann).

Hacemos fraternidad y amistad social poniendo en el centro a quien arrastra mayor debilidad, mayor límite. Así, la espiral de la fraternidad que nace del corazón de Dios, de su intimidad, se despliega y alarga, se va haciendo universal en la inclusión de todo lo que tiende a quedar descartado. Desde ahí la espiral infinita y eterna de la fraternidad: con todo lo que existe, con toda la Creación. Hermanados...



HERMANADOS

hermanoscapuchinos.org